

I WILL
SURVIVE

VERDADES
DE UNA



EMPREENDEDORA

(LO QUE NADIE TE CUENTA)

LUCIANA
OLIVARES

I WILL
SURVIVE
VERDADES
DE UNA
EMPREENDEDORA
(LO QUE NADIE TE CUENTA)



LUCIANA
OLIVARES

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

*La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

I WILL SURVIVE

© 2021, LUCIANA OLIVARES

DERECHOS RESERVADOS

© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: octubre 2021

Tiraje: 2000 ejemplares

Corrección: Rocío Huatuco

Diseño y diagramación: Departamento de diseño de Editorial Planeta Perú

ISBN: 978-612-319-691-2

Registro de Proyecto Editorial: 31501202100381

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-10532

Impreso en Aza Graphic Peru S.A.C.

Av José Leal 257, Lince, Lima, Perú

Lima – Perú, octubre 2021

I WILL
SURVIVE 

QUERIDA TÚ

—7—

EL PODER
DE LA
MARCA
PERSONAL

—45—

HERRAMIENTAS
PARA TU
EMPRESA

—95—

HERRAMIENTAS
PARA TU
AUTOCONFIANZA

—193—

HERRAMIENTAS
PARA
ENFRENTAR
LA PANDEMIA

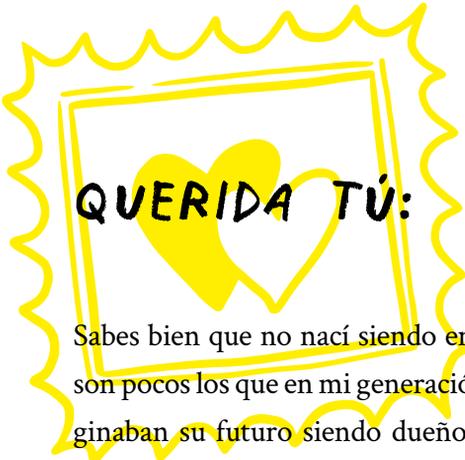
—259—

ESTABILIDAD
EMOCIONAL
ENTRE
AMORES Y
DESAMORES

—273—

QUERIDA TÚ

—313—



QUERIDA TÚ:

Sabes bien que no nací siendo emprendedora; de hecho, creo que son pocos los que en mi generación o en generaciones pasadas imaginaban su futuro siendo dueños de su propia empresa. El éxito en nuestro imaginario estaba más asociado a conseguir un buen puesto en una empresa importante, y, cuanto más grande el cargo, el edificio, la empresa y tu oficina, más exitoso eras. Mi generación pertenece a aquellos que aspiraban a cumplir largas jornadas de trabajo, así como tiempos de servicio muy prolongados. Y si vivían lo suficiente para ostentar un reloj dorado antes de jubilarse, mejor. **COMO SI EXPLOTARSE A UNO MISMO FUERA EL PRINCIPAL REQUISITO PARA LA AUTORREALIZACIÓN.** Una generación para la que el estado “muy ocupado” también constituye un superindicador de éxito; y si responden *e-mails* los fines de semana, ya están en el podio de los megaejecutivos, nunca desconectados del trabajo.

Reflexionando un poco, veíamos películas en las que el exitoso siempre es el enternado o la mujer de traje con taco aguja; entonces, ¿cómo no terminar aspirando a vernos así? Y hasta nuestros padres, con el pecho inflado, contándoles a sus amigos que trabajamos en esa megacorporación, también han sumado agua al molino de esa vinculación directa del éxito con roles más corporativos. Créeme, desde que me volví empresaria, cada vez que veo a mi mamá, ella no duda en preguntar si me va bien. Siempre con esa genuina preocupación que tienen los padres cuando sienten que sus hijos están atravesando algún riesgo.

Y, sí, emprender es arriesgado; no es como depositar tu dinero a plazo fijo. Es más parecido a invertir en la bolsa, solo que **EL VALOR DE LA ACCIÓN DEPENDE MÁS DE UNO MISMO QUE DEL MERCADO**. Pero te estaba contando mi caso, y cómo, más por decisión que por vocación, me hice emprendedora: mi trabajo no me hacía feliz y, por primera vez en mi vida profesional, **QUERÍA ESCOGER LO QUE REALMENTE DESEABA SER, Y NO ESPERAR A SER LA ESCOGIDA** para determinado puesto.

No te voy a dorar la píldora porque sabes que fue toda una batalla, sobre todo, conmigo misma, porque, además de salir a la calle todos los días a luchar por mi negocio, tenía que enfrentar mis propias inseguridades, paradigmas, ego y desaprender a pulso que lo que me hacía exitosa no era ningún cargo rimbombante. Y lo digo, porque desaprender es una palabra clave cuando decides emprender en tu vida profesional adulta. Es muy diferente en estas nuevas generaciones. Cada vez que me toca dar una conferencia en alguna universidad y pregunto quién quiere ser emprendedor, el 98 % levanta la mano. Me entusiasma su entusiasmo, pero siempre les digo cinco cosas que aprendí en este camino:

1) TENGAN MUY CLARO CUÁL ES ESE PROBLEMA QUE SU EMPRENDIMIENTO BUSCA RESOLVER;

2) COMIENCEN CHICO Y SUEÑEN EN GRANDE;

3) CONVIERTAN SU RED DE CONTACTOS EN VERDADEROS MODELOS COLABORATIVOS;

4) RECUERDEN QUE LA PASIÓN NO SUBSIDIA LA EXCELENCIA, ENTENDIENDO QUE NO SOLO TIENEN QUE AMAR LO QUE HACEN, SINO QUE, SOBRE TODO, DEBEN SER BUENOS EN ELLO.

5) FINALMENTE, LES DOY UN TIP QUE PARECE OBVIO: NO ESCATIMEN EN CONTRATAR UN BUEN CONTADOR.

Imagino que sigues teniendo muchas dudas y, sobre todo, miedo. Es duro renunciar a tu sueldo en planilla todos los meses y a las vacaciones pagadas para comenzar de cero, especialmente, si recién estás empezando en el mundo laboral. Aunque pocos lo admitan, será difícil renunciar a los títulos nobiliarios del mundo corporativo que rigen nuestra sociedad y hasta determinan quién quiere sentarse a tu lado en un evento de negocios. Tu mayor desafío será lidiar todos los días con la incertidumbre. Cuando te vengan esos ataques de pánico emprendedor, recuerda que ser dependiente —como su nombre lo dice— es no tener el control de todas las variables, sobre todo, de tu destino. **¿ESO NO ES VIVIR EN UNA INCERTIDUMBRE DISFRAZADA TAMBIÉN?** Así que, querido emprendedor, no puedo garantizarte que te irá bien, pero lo que sí es una certeza es que tu futuro dependerá absolutamente de ti. Tú marcarás el ritmo y la dirección. Eso sí, antes de escuchar el péndulo de tu metrónomo, deberás encontrar la brújula de tu destino.

¿CÓMO ENCONTRAR LA BRÚJULA?



Una amiga alguna vez me dijo: “Es en el momento más oscuro de la noche cuando llega el amanecer”. Se refería a esa mirada optimista de lo que puede venir después de tocar fondo, a esa posibilidad de ver algo de luz y de claridad después de darte cuenta de que caíste en un hoyo y de que es imperioso salir de allí. Recuerdo que esa noche estaba todo muy oscuro. No era un hoyo, pero estaba en un lugar subterráneo, caluroso y gris, precisamente, en el estacionamiento inacabable de un centro comercial. Salía muy tarde de un evento de lanzamiento que había hecho la empresa para la que trabajaba en ese entonces. Estaba en búsqueda de mi carro, que, por distraída, no recordaba dónde había dejado. El código de vestimenta era elegante, así que recuerdo llevar un vestido largo y pesado que pisoteaba con los improvisados tacos que tuve que comprarme ese mismo día en el almuerzo. Una compra que realicé para que mi metro sesentaiuno no me hiciera arrastrar el vestido —cual Maggie de *Los Simpson*—. Pero lo que más me pesaba no era la tela de mi ropa ni las tremendas plataformas de mis zapatos. Mientras caminaba, me di cuenta de que me pesaba pensar en el calendario, sobre todo, en los **DÍAS LABORALES QUE SENTÍA COMO KILOS DE PAPAS, Y YO ME SENTÍA LA BOLSA QUE SOLO SABÍA QUE TENÍA QUE CARGARLAS PARA QUE NO SE CAYERAN**. Mientras recorría los sótanos en búsqueda de mi carro, aún sin recordar dónde me había estacionado, cientos de carros salían con sus luces altas y con la bocina en modo “cero paciencia”. Y, por extraño que parezca,

me vi reflejada en esos conductores. Por un instante, me acordé de mí, viviendo siempre sin tiempo, almorzando en compañía de la computadora que iluminaba mi táper de ensalada de quinua, regresando a casa **ROGANDO QUE WAZE ME HICIERA EL MILAGRO DE ROBARLE A LA NOCHE MÁS MINUTOS PARA ESTAR CON FER ANTES DE QUE CAYERA DORMIDA.**

Comencé a desesperarme, estaba en el quinto sótano y seguía sin encontrar mi carro. ¿Cómo podía ser posible que la mujer que se aprendió “Yo vendo unos ojos negros” a los tres años, y que cantaba todas sus estrofas en las fiestas infantiles ante la cara de aburrimiento de los niños y del payaso, o que recitó completo el monólogo de “El viaje del niño Goyito”, no pudiese recordar siquiera dónde había estacionado? Entonces, me di cuenta de que tenía que detenerme y dejar de caminar sin tener claro a dónde iba. **TENÍA QUE SENTARME A RECORDAR Y NO SEGUIR MOVIÉNDOME POR INERCIA.** Pero esa reflexión no solo me iba a servir para encontrar mi carro, sino a mí misma.

Era claro, había pasado tiempo sin volver a preguntarme por **MI PROPÓSITO, LO QUE VERDADERAMENTE QUERÍA HACER CON MI VIDA PROFESIONAL.** Me la había pasado manejando hacia una ruta en la que ya no disfrutaba el paisaje, así el kilometraje reflejara que llevaba un prominente recorrido. Tocaba cambiar el destino, así tuviera que comenzar de cero. Pero, quizás, lo más difícil esa noche fue **RECONOCER QUE TAMBIÉN PODÍA DECIR “YA NO PUEDO”.** Por años había pensado que ese tatuaje, que se había vuelto uno de mis mantras —“Todo y más”—, significaba no renunciar a lo que creía imposible, así fuera complejo el camino. ¿Cómo renunciar a

un trabajo en el que podía impactar en tantas vidas así me hiciera infeliz?, pensaba. Pero lo que estaba obteniendo como resultado de esa ecuación era el profundo impacto que estaba produciendo en mi vida y en la de mi familia: me había convertido en una persona que dormía temprano porque quería que acabara rápido el tiempo de pensar en los temas laborales, y que se perdía miles de micromomentos deliciosos con su familia. **CLARAMENTE, TENÍA QUE RECALIBRAR QUÉ ERA "TODO" Y QUÉ ERA "MÁS"**. Evidentemente, no iba a encontrar mi carro sola y tenía que aceptarlo; iba dando vueltas —como en un circuito de hámster— por horas, y ya era momento de pedirle ayuda a una amable señorita de polo amarillo que creo que estaba esperando a que me fuera para cerrar la caja.

Esa noche decidí hacerme emprendedora. No fue un sueño que tuve desde niña, ni una idea fantástica que se me vino a la cabeza y quería hacer realidad. **MI DECISIÓN DE HACERME EMPRENDEDORA NO TIENE UN ORIGEN ROMÁNTICO**: fue el resultado de una noche oscura que me hizo enfrentar todos mis miedos, mientras arrastraba mi vestido en un estacionamiento. **ME CONVERTÍ EN UNA EMPRENDEDORA NO POR VOCACIÓN, SINO POR DECISIÓN**. Subí a mi carro sabiendo lo que tenía que hacer: renunciar al día siguiente y abrir mi propia agencia de publicidad. Prendí las luces y la radio, canté “La rueda” de Frankie Ruiz a todo volumen, y desactivé Waze porque ya nadie tenía que decirme qué ruta tomar. ¿O sí?...